

***La Celestina* y Nati Mistral: una buena oportunidad perdida. *La Celestina*: Adaptación de Luis García Montero. Dirigida por Joaquín Vida. A Coruña, Teatro Colón, 25 de mayo de 1999.**

El pasado 25 de mayo tuvimos ocasión de ver realizado un gran desafío: *La Celestina* sobre un escenario, dentro del marco de actos conmemorativos del cincuenta aniversario del Teatro Colón organizados por la Diputación de A Coruña. Así pues con motivo del aniversario de las cinco décadas del escenario coruñés se puso de nuevo sobre las tablas una obra cinco veces centenaria.

Hemos dicho que se presentaba como un gran desafío la representación de la obra de Rojas, conclusión a la que se puede llegar visto el resultado final. A todas luces se podían observar numerosos fallos que daban fe de ser un espectáculo poco pulido. Téngase presente que la compañía comenzaba su gira precisamente en A Coruña. Segurísimamente escenarios posteriores disfrutaron de un resultado más elaborado, una vez concluida la gira por provincias. En esta ocasión tuvimos la oportunidad de presenciar toda una gama variopinta: desde fallos de luminotecnia, pasando por fallos técnicos, hasta llegar a fallos en la memorización de los papeles por parte de los actores.

La versión del texto firmada por Luis García Montero se caracteriza por ser poco arriesgada, siguiendo en la medida de lo posible el texto de Rojas. Presenta largos parlamentos discursivos, que contribuyen a de una representación sumamente larga y densa, donde no se han obviado partes antiteatrales, como ocurre con el prólogo de la obra. A pesar de presentar una versión muy conservadora, es en el ámbito del léxico donde se producen algunos cambios considerables con tal de facilitar la comprensión de la obra por parte del público asistente. Sirvan de ejemplos los siguientes: sustitución de *madre* por *útero*, los *afeites* por *maquillaje*, *luengas* por *largas*, *quexoso* por *enfermo* o “*No lo preguntes*” por “*No lo procures*”; todos los cambios tienen un fondo común: evitar un lenguaje críptico. No se acaba de entender por qué el *simio* de la abuela de Calisto se convierte en un *negro*, puesto que no facilita la comprensión, pero en cualquiera de los casos, el público se ríe con la ocurrencia.

De la escenografía en esta adaptación se ocupa Joaquín Vidas, quien desde un punto de vista técnico ofrece un escenario coherente, sin divisiones, en cartón piedra, que se desliza sobre plataformas móviles, para evocar interiores o exteriores según convenga. Esto resulta provechoso en la primera media hora de la función; poco a poco se va volviendo cada vez más pesado, puesto que tanto movimiento acaba por agotar y distraer al espectador, quien está ya más pendiente de los fallos (bien en música, bien en desplazamientos de decorados) que de saber si se evoca un interior o un exterior. Así la confusión puede llegar a ser total: no se sabe si los personajes están en casa de Celestina, en el huerto de Melibea o en la calle.

Los fallos en luminotecnia son evidentes; no por ello se dejan de observar

ciertos momentos logrados, como ocurre con el suicidio de Melibea, donde se logra un color rojizo-púrpura, de cierto significado connotativo, lejos de la sencilla demarcación entre el día o la noche. La música, constituida por un conjunto de danzas de hacia 1600, resulta adecuada para llenar momentos muertos de la representación, coincidiendo con un cambio de escena o para indicar el inicio o el final de un acto. Aun aquí debemos ser severos; suenan por sí solos los fallos y los desajustes. El vestuario que arropaba a la representación, firmado por Victorio & Lucchino, podía producir su tirón desde el punto de vista publicitario; pero aun en este caso, al igual que ocurre con el léxico y la música, los desajustes temporales son evidentes: aparecen gasas y lencería íntima femenina poco creíble para la época.

El escenario, a grandes rasgos, se presenta parco en objetos, lo que disminuye los datos realistas que se desprenden de la lectura de la tragicomedia. Así, en el banquete del auto IX, se nos ofrece una cena frugal sobre el escenario, lejos de un festín báquico. Resulta evidente que algunos de los objetos en la representación son utilizados con finalidades funcionales, sea para ocupar en algo las manos de los actores o bien para combatir el agotamiento físico (sobre todo el de Nati Mistral), cuando la obra ya está bastante avanzada. Algunos de estos objetos al ser retirados de escena por los actores con movimientos poco espontáneos y creíbles eran motivo de risa por parte del público.

La misma parquedad se puede deducir de ciertas escenas, de un elevado contenido erótico en el texto, como son algunos de los encuentros entre Calisto y Melibea. En esta representación los dos amantes se muestran muy castos y muy puros, diríamos más, cuasivirginales. No obstante, en ciertos momentos de la función, se roza el erotismo (léase encuentro entre Areúsa y Celestina, o Areúsa y Pármene) pero sin llegar a escenas indecorosas de desmesura pasional; todo muy recto y formal, con afán de ser catalogada la obra en su conjunto “para todos los públicos”.

Cabe destacar de esta representación la importancia dada a todos los personajes de la obra, ya que algunos obviados en otras adaptaciones –Crito o Centurio- aparecen en esta de Luis García Montero. Hay que tener presente que, aunque tenga el mérito de mostrar a todos los personajes, peca al mismo tiempo de exceso; uno sobra: Fernando de Rojas. Ya no sólo por abrir y cerrar la obra, recitando un monólogo bello, pero antiteatral por definición, sino también por intentar actuar como un guía conduciendo a los demás personajes de la obra, al tiempo que adelanta acciones para el público asistente. Sólo serviría como aproximación para poder transmitirnos el texto de la forma más cercana posible, pero poco más; limita la imaginación del espectador.

De los personajes propiamente dichos se puede destacar el gran desajuste que hay entre ellos. Los actores dan la impresión de ir cada uno por libre, lo que evidencia la ausencia de dirección y de un determinado criterio interpretativo, produciendo así resultados desiguales. En muchos momentos de la representación

produce la sensación de estar ante un monólogo que un actor hace ante otro, puesto que la mirada y los gestos no contribuyen a crear una sensación de naturalidad. Los fallos son más evidentes en la segunda parte, bien porque el cansancio cunde, bien porque los papeles no están lo suficientemente trabajados, evocando así más bien un ensayo general que una función propiamente dicha.

El desajuste entre actores se deduce de la disparidad entre sus técnicas interpretativas. Por una parte, Eva García nos ofrece una Melibea elegante y sobria, con excelente nivel de dicción y gesto en toda la obra, al igual que Enrique Arce, quien comunica entusiasmo y naturalidad a su Pármeneo. Por otra parte, Paco Morales nos ofrece un Calisto plano e inexpresivo, uno de los personajes que monologa al dirigirse a otros; al caer del muro y pronunciar su “¡Muerto voy!”, nos evoca más bien un acto de autopresentación por su entonación, semejante a un “¡Presente!” como respuesta al pasar lista.

Sin lugar a dudas, la estrella de la función tenía nombre propio: Nati Mistral. Al igual que para cualquier escenógrafo puede suponer un auténtico desafío representar *La Celestina* sobre un escenario, del mismo modo para cualquier director se presenta como una empresa quijotesca dirigir a tan polifacética artista, con más de medio siglo de experiencia a sus espaldas. En los momentos de “solista” se apodera del personaje, no para interpretarlo, sino para utilizarlo a su capricho y antojo. Crea ella una Celestina simpática y dicharachera, que convence a los demás personajes, pero que, sobre todo, encandila al público. Es el personaje que más veces suscita la risa entre los asistentes, por tics de entonación o de gesto, sumamente repetidos, lo que evidencia el cariz cómico que adquiere la alcahueta. Esa complicidad con el público se resalta sobre todo en los apartes, que más que introspección suscitan diálogo con el espectador. Los aplausos fueron la prueba más evidente para destacar cuál fue el personaje que más gustó de la obra, al salir Nati Mistral al escenario: el personaje de Mistral-Celestina.

Tuvimos, pues, ocasión de presenciar una función poco pulida, con numerosos desajustes, que poco aporta a la carrera de Nati Mistral, como también poco aporta al inventario de *Celestinas* representadas. Se nos ofreció una *Celestina* superficial, quizás muy cercana al público de a pie, mas, seamos justos, sin ambición estética. Posiblemente en un principio se pudo concebir como un proyecto más ambicioso para arropar a la gran estrella, pero no ha dejado de ser, desde el punto de vista de la realización, una buena oportunidad perdida con dos buenos pilares: *La Celestina* y Nati Mistral. Una vez más queda el gran dilema: *La Celestina*, ¿teatro para ser leído o para ser representado? Ante esta función, cabe decantarse por la primera opción.

José Luis Castro González

Universidad de A Coruña